

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A
Año 1951 - Número 46

V CENTENARIO NATALICIO DE LOS REYES CATÓLICOS



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

338

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

1.º Epoca
Año VII

Tomo XLV
Número 84

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
SERIALS ACQUISITION
400 TOWN DRIVE
BERKELEY, CALIF. 94720



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



V CENTENARIO NATALICIO DE LOS REYES CATÓLICOS

2.^a Epoca
Año 1951



Tomo XIV
Número 46

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

MARZO-ABRIL

Núm. 46

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
OFRENDA.....	125
Vicente Romero Muñoz.— <i>Andalucía en la obra política de Isabel I de Castilla</i>	129
Juan Rodríguez Mateo.— <i>Museo de Arte Popular en Sevilla</i>	171
Blanca Vázquez.— <i>Madre en Sevilla</i>	195

MISCELANEA

Luis Bermúdez de Castro.— <i>La Reina Isabel I y los servicios de guerra</i>	313
José Hernández Díaz y Antonio Sancho Corbacho.— <i>Los Reyes Católicos y la capilla de San Gregorio, en Alcalá del Río</i>	317
Higinio Capote.— <i>Sevilla y la literatura en el tiempo de los Reyes Católicos</i>	329
Diego Angulo Iniguez.— <i>Un nuevo retrato de Isabel la Católica</i>	333
LIBROS: Francisco López Estrada.— <i>Breve orientación bibliográfica sobre el reinado de los Reyes Católicos</i>	
	339
CRÍTICA DE ARTE: Norberto Almandoz.— <i>Retablo musical fernando-isabelino</i>	351
CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>El Cronista mejor</i>	359

VILA SULA

OFRENDA

141

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA DE HISTORIA, LINGÜÍSTICA Y GEOGRAFÍA

1937 MARZO-ABRIL

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.
El Archivo de la Real Academia de la Historia, su historia y su actual situación. Por el Sr. D. Juan de Dios Rodríguez. 1.

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDAS

OFRENDA

UNA tradición literaria que se abre con el viajero alemán Munzer, prosigue con Pedro Mártir de Anglería, fray Bartolomé de las Casas y Colón, y llega hasta nuestros días a través de las más diversas ideologías y opiniones, nos presenta a la soberana Isabel la Católica como un prodigio del cielo y un regalo de Dios a España por privilegio singular destinado a servir altísimos designios. Colón y las Casas le llaman «santa»; el dominico Andrés de Miranda, «elegida de Dios»; Pedro Mártir, «caída del cielo»... El entusiasmo admirativo inspira a Cartagena este elogio que suena a piropo popular:

«En la tierra, la primera
y en el cielo, la segunda».

Y el pueblo añade al coro de los doctos su voz clamorosa en sincera alabanza de raigambre entrañable.

Como decía con su admirable precisión habitual don Marcelino Menéndez y Pelayo, nadie puede dejar de ser panegirista de esta mujer excepcional cuya fuerte personalidad excelsa ha hecho que se detengan respetuosamente ante su memoria los historiadores de todas las tendencias y los críticos de todos los sistemas y métodos.

Con orgullo de españoles veneradores de sus glorias patrias, venimos a recordar en estas páginas de **Archivo Hispalense** las virtudes ejemplares —asombrosamente

ejemplares— de la Gran Reina, forjadora de la Patria unida y madre de la Hispanidad, a recordar, dentro de lo inolvidable, la fecha del advenimiento a la vida, en el áureo día 22 de abril del año 1451 —para nuestro orgullo de españoles y honor de la humanidad—, de la gloriosa Isabel I, la reina más reina: por saberlo ser y porque lo fué sobre un inmenso mundo hispánico por ella forjado y abierto a la luz de Cristo y de España.

A la memoria insigne de esta mujer preclara ofrecemos con amor ferviente cuanto de mejor en su alabanza pudimos reunir y estampar sobre las páginas que siguen.



Nuestro homenaje a la preclara Reina en el V centenario de su nacimiento, no excluye, ni puede excluir —tanto monta— a su esposo el Rey Católico don Fernando II de Aragón y V de Castilla, de cuyo natalicio también está próxima la fecha conmemorativa. Unidos ambos en el amor y gobierno de España y en su vida de familia, siempre ha de notarse la presencia de él en cuanto de su esposa digamos. Sea, pues, extensiva nuestra ofrenda al egregio varón de quien el humanista siciliano Luca Morineo nos dejó este retrato: ...«tenía el genio alegre y resplandeciente, los ojos claros y casi risueños, la barba venerable y de mucha autoridad, de ingenio muy claro y de buen juicio, de ánimo benigno y liberal; en consejo muy prudente, en la costumbre afable sin ninguna pesadumbre, en el andar y en todos los otros movimientos del cuerpo tenía aire de gran señor y verdadero rey».

Señor rey español.

VILLA
CELA

MISCELANEA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1850
CHICAGO, ILL.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1850
CHICAGO, ILL.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1850
CHICAGO, ILL.

UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1850
CHICAGO, ILL.

MISCELLANEA

LA REINA ISABEL I Y LA INVENCION DE LOS SERVICIOS DE GUERRA

Cuando Dios llamó a su seno a la Reina grande, a la Reina buena, a la Reina amparo de los españoles y de los indios de América, todos sus súbditos creyeron que un huracán se había llevado el techo de sus hogares: una desolación irremediable acongojó los corazones. ¿Qué será de las Españas?, repetían los labios reflejando el temor de ver en peligro la obra inmensa de aquella santa y bendita mujer. Sin embargo, España no perció; lleva en sí misma el sello de lo eterno y encuentra siempre un hombre en derredor del cual se agrupan otros muchos de buena voluntad dispuestos a perder la vida por la salvación de la Patria. Entonces fué Cisneros el que frenó las intenciones centrfugas; ahora ha sido Franco el muro firme contra la riada criminal. La Providencia vela por España; sus destinos espirituales escritos están y han de cumplirse no tardando, porque sus letras empiezan a destacarse sobre el piélago negro donde rueda hoy el mundo.

No está en mi ánimo el estudio de la filosofía del Reinado de Isabel en que España concluía su formación física y espiritual a tiempo que hincaba en la tierra de América la Cruz del Redentor y se asomaba a Europa por los claros ventanales de Italia; sólo me propongo tratar una de las infinitas facetas del talento femenino que dió a las guerras las posibilidades humanitarias de la Sanidad Militar y la no menos benéfica del mantenimiento regular de las huestes combatientes. Terrible en verdad eran los sufrimientos de los habitantes de las comarcas del teatro de la guerra, antes de la invención de la excelsa Isabel de Castilla; los combatientes *vivían sobre el país*, lo cual significaba el saqueo y el robo de los pueblos y aún de las ciudades y también el hambre de las tropas porque los desórdenes daban lugar a todo género de

violencias e inmundicias; pero allí donde hubiera desorden y maldad, allí aparecía la blanca mano de la Reina convertida en dogal de hierro para los criminales, cuyo manejo competía a los cuadrilleros de la Santa Hermandad, creados por aquella misma delicada mano y precursores de nuestra benemérita Guardia Civil.

La Reina dió forma a su idea, de esta guisa: convocó a su real presencia a hombres de varias clases sociales, pero de impoluta fama de honradez; dióles dineros abundantes y órdenes severas de recorrer los ámbitos de España comprando mantenimientos, trigo y cebada y contrayendo millares de carretas y de mulos de carga; bautizó a estos novísimos funcionarios con el nombre de veedores y les otorgó autoridad y representación de la Corona sobre los alcaldes de las ciudades, villas y pueblos, incluso los feudales no dependientes del Rey, así como también, jerarquías de mando en la Santa Hermandad, cuya aportación a la magna empresa era indispensable porque la novedad del caso inspiraba desconfianza en los campesinos y en los tenderos, y había que hacerles fuerza para que vendieran a precios convenientes, aunque remuneradores, los artículos de que, como todo comerciante, pensaban extraer grandes provechos.

Establecido el campamento en las cercanías de Granada a orillas del poético Darro, todo él de tiendas de campaña de lona y la de los Reyes de lo mismo, sólo ostentaban su estabilidad algunos grandes edificios hechos de tablas, formando como un barrio apache del Castro; en unos se guardaba, bajo la custodia de centinelas, las vituallas, y otros menos numerosos y espaciosos servían para alojar, a cargo de un par de docenas de cirujanos, los enfermos y los heridos; de estos cirujanos acudieron la mayor parte voluntariamente al requerimiento de la Reina, y otros, codo con codo, hubieron de ser conducidos por los cuadrilleros; construyéronse hornos de campaña (los primeros que hubo en el mundo) y desde entonces las compañías de peones, caballos y cañones empezaron a comer, caliente, el pan nuestro de cada día, que bendecía a diario alguno de los muchos frailes del campamento de Santa Fe, llamado de este modo por la Reina y convertido en enorme base de operaciones, ya que la extensión del reino moro comprendía las provincias mediterráneas y no salía columna a operaciones en ellas sin que llevase consigo su convoy; invención también de doña Isabel. Un incendio, que duró varios días, avivado por huracanados vientos, devoró en absoluto las frágiles tiendas de campaña, sin excepción de la de los Reyes, porque éstos se aplicaron a salvar el contenido de los almacenes de víveres y los de la pólvora de espingardas y cañones.

¡Ah! ¡Cuántas alabanzas al Profeta lanzaban, desde los minaretes de las innumerables mezquitas los muecines, creyendo que el sitio de la ciudad sería indefectiblemente levantado! Pronto las esperanzas aga-

renas se desvanecieron; una verdadera ciudad de mampostería empezó a surgir de los calcinados restos del campamento.

Había desaparecido con el incendio el rico ajuar de la Reina, sus ropas, sus tocados, sus muebles, sus tapices y reposteros; pero la gentileza del capitán de Lanzas, a quien el Papa había de dar el título de Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, saqueó su castillo solariego de Montilla y llenó la tienda regia con vestidos y prendas y moblaje mucho más ricos y lujosos que los que se quemaron; el futuro caudillo de Italia nunca puso límites a su valor heroico, a su generosidad inagotable, a su gentileza única y a su lealtad acrisolada hacia la Reina Católica.

Una ciudad no se edificaba en poco tiempo; durante el período de construcción sufrieron mucho los soldados a la intemperie, no siempre benigna; los oficiales les daban el ejemplo de paciencia y de buen humor que son una pareja que no abandona nunca a los españoles, pero no faltaba jamás ni carne asada al aire libre, ni pan tierno y blanco, ni buen vino recio de Aragón, o clarete de Castilla, o seco vascongado, o dulce de las viñas de Jerez que comenzaba ya a sobresalir de los demás de España. Se peleaba de día, se albañileaba de noche a la bella luz de la luna serena de Granada o a la de las antorchas que teñía de rojo los ateizados rostros; relevábanse los trabajadores para dormir un tanto, pero cuando Mahoma estaba de semana, las nubes enviaban diluvios contra los que no cabía defensa.

Los convoyes trayendo víveres y ropas entraban diariamente en el campamento, bien en recuas a lomo o en largas hileras de enormes carros de tremendas ruedas que sólo usaba España, oriundos de Cataluña; caminaban con un silencio y un orden imponentes flanqueados por parejas de cuadrilleros, la espingarda al hombro y la casulla con la cruz bordada cruzados los frascos de pólvora en una bandolera; el veedor, jefe de los almacenes, examinaba los papeles de cuentas que traía el veedor del convoy y los trasladaba a sendos librotos cada uno destinado a una especie; luego de entregar recibo al conductor, marchaba a comunicar la entrega a doña Beatriz Galindo —*La Latina*—, secretaria de la Reina y a modo de intendente general del Ejército.

La llegada de provisiones y la cura y evacuación de los heridos y enfermos se repetía y funcionaba automáticamente; ni un solo día las tropas se quedaron sin comer.

Algunas veces, de tarde en tarde, llegaba al campamento y se detenía en la avanzada o gran guardia de la entrada, un fraile tirando del ronzal de un borriquillo sobre cuyo espinazo colgaban dos talegas de poco volumen. El religioso era flaco de rostro, macilento y afilado por una gran nariz que le servía de proa; a los ojos, de mirar vivo y penetrante, los rodeaba un cerco azulado y los defendía un alero de espesos pelos negros; ágil de movimientos, porque no le pesaban las carnes, parecía siempre con priesa, deteniánle los soldados de la guardia para

besar su cordón de franciscano y él les echaba la bendición como si les diese con la mano un mandoblazo.

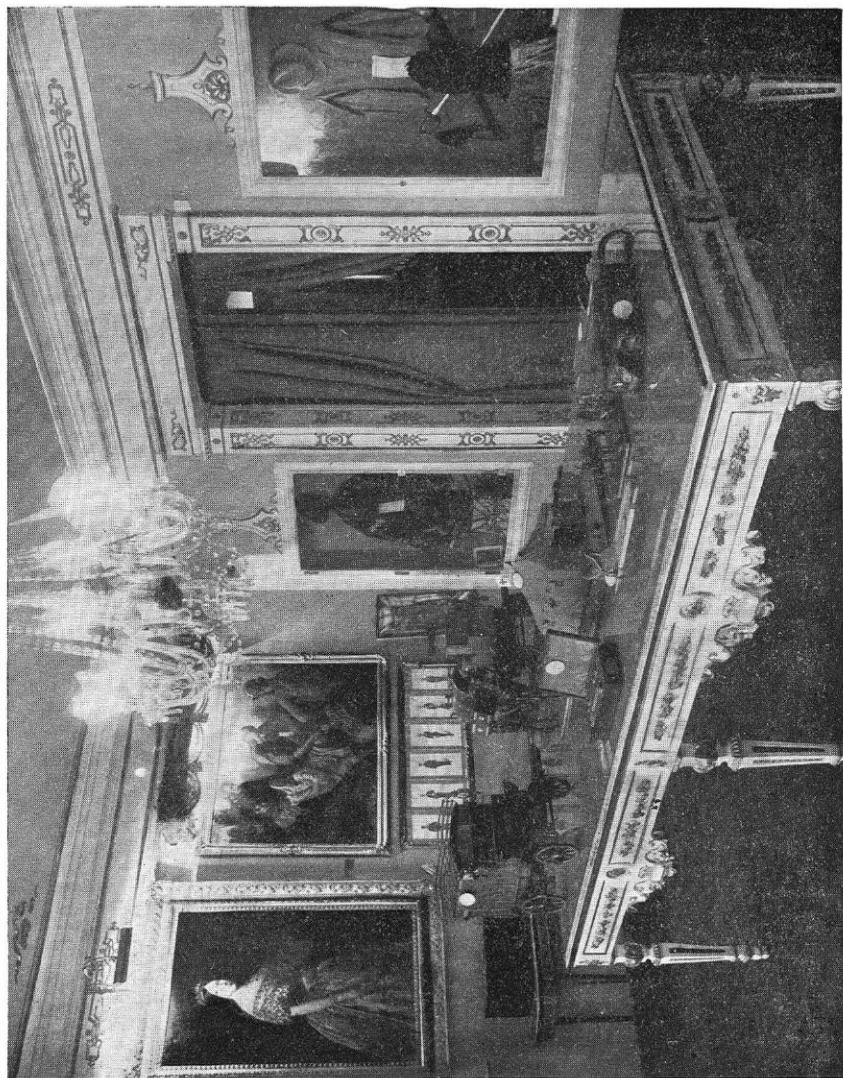
Conociánle en todo el campamento por Fray Francisco Jiménez de Cisneros; se pasaba la vida ayunando y pidiendo, a quien se pusiera a su alcance, para la Cruzada granadina; el dinero lo entregaba personalmente a la Reina, que le recibía sin espera y con él hablaba largo rato, no se sabe de qué; don Fernando decía del fraile franciscano que seguramente iría con sandalias al cielo si no fuese tan cascarrabias.

No hay que decir que la necesidad habría, con el tiempo, introducido en las guerras de Europa estos servicios inventados por la Reina Isabel; también con el tiempo se habría descubierto la América por cualquier país emprendedor; pero lo indudable es que fué la Reina Isabel la inventora de los Servicios de Intendencia y Sanidad y la que descubrió la América.

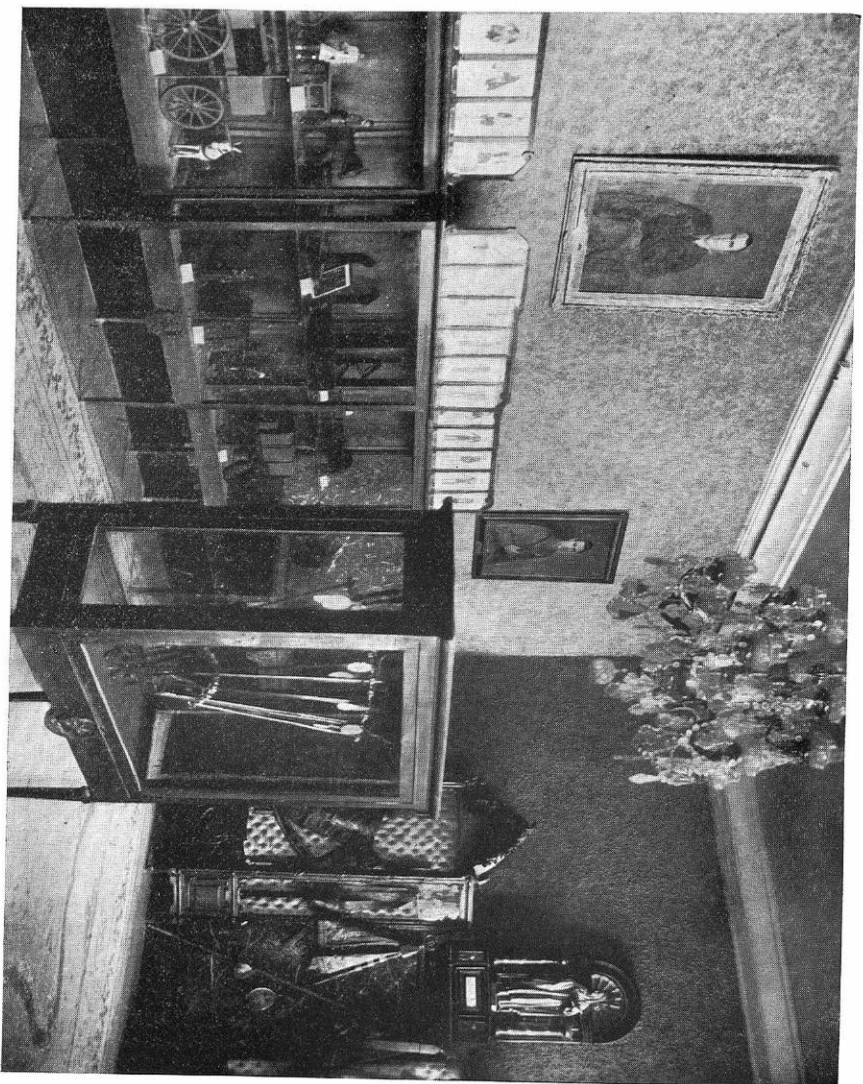
En las historias militares de cada país hay historiadores que no prescinden de citar el origen de los inventos en los Ejércitos; ningún francés ignora que la invención de la bayoneta ocurrió en Bayona; pero no se encontrará en ninguna historia de España que los Servicios de Intendencia y Sanidad se deben al talento y a la caridad de nuestra Reina Isabel, la más santa de las Reinas, incluyendo las que figuran en el Santoral.

LUIS BERMUDEZ DE CASTRO

General Director del Museo del Ejército.



MUSEO DEL EJÉRCITO. - Sala de Sanidad Militar



MUSEO DEL EJÉRCITO. - Sala de Intendencia